

***IEP* - Instituto de Estudios Peruanos**

**Taller Interactivo: Prácticas y Representaciones  
de la Nación, Estado y Ciudadanía en el Perú**

**LOS LIMITES DE LA REPRESENTACION**

Michael Foucault<sup>1</sup>

**Módulo: Aproximaciones teóricas, nociones de prácticas y representaciones  
Sesión 1, Lectura N° 3**

**Lima, Mayo del 2002**

---

<sup>1</sup> En: Michel Foucault, *Las Palabras y las cosas*. Editorial Siglo XXI, México, 1999, pp. 213-244.

# LOS LÍMITES DE LA REPRESENTACIÓN

Michel Foucault

## 1. LA EDAD DE LA HISTORIA

Los últimos años del siglo XVIII quedan rotos por una discontinuidad simétrica de la que había irrumpido, al principio del XVII, en el pensamiento del Renacimiento; entonces las grandes figuras circulares en las que se encerraba la similitud fueron dislocadas y abiertas para que pudiera desplegarse el cuadro de las identidades; ahora este cuadro va a deshacerse a su vez y el saber se alojará en un nuevo espacio. Discontinuidad tan enigmática en su principio, en su desciframiento primitivo, como la que separa los círculos de Paracelso del orden cartesiano. ¿De dónde proviene bruscamente esta movilidad imprevista de las disposiciones epistemológicas, la derivación de las positivities unas con relación a las otras y, más profundamente aún, la alteración de su modo de ser? ¿Cómo sucede que el pensamiento se separe de esos terrenos que habitaba antes gramática general, historia natural, riquezas y que deje oscilar en el error, la quimera, el no saber, lo mismo que menos de veinte años antes era planteado y afirmado en el espacio luminoso del conocimiento? ¿A qué acontecimiento o a qué ley obedecen estas mutaciones que hacen que, de súbito, las cosas ya no sean percibidas, descritas, enunciadas, caracterizadas, clasificadas y fatigadas de la misma manera y que, en el intersticio de las palabras o bajo su transparencia, no sean ya las riquezas, los seres vivos, el discurso, los que se ofrezcan al saber, sino seres radicalmente diferentes? Para una arqueología del saber, esta abertura profunda en la capa de las continuidades, si bien debe ser analizada, y debe ser minuciosamente, no puede ser “explicada”, ni aun recogida en una palabra única. Es un acontecimiento radical que se reparte sobre toda la superficie visible del saber y cuyos signos, sacudidos y efectos pueden seguirse paso a paso. Sólo el pensamiento recobrándose a sí mismo en la raíz de su historia podría fundar sin ninguna duda, lo que ha sido en sí misma la verdad solitaria de este acontecimiento.

La arqueología debe recorrer el acontecimiento según su disposición manifiesta; dirá cómo las configuraciones propias de cada positividad se modifican (analizará, por ejemplo, con respecto a la gramática, la desaparición del papel principal concedido al nombre y la nueva importancia de los sistemas de flexión; y también, la subordinación, en lo vivo, del carácter a la función); analizará la alteración de los seres empíricos que pueblan las positivities (la sustitución de las lenguas por el discurso, de la producción por las riquezas) ; estudiará el desplazamiento de positivities unas en relación con otras (por ejemplo, la nueva relación entre la biología, las ciencias del lenguaje y la economía) ; por último y sobre todo mostrará que el espacio general del saber no es ya el de las identidades y las diferencias, el de los órdenes no cuantitativos, el de una caracterización universal, una taxinomia general, una mathesis de lo inconmensurable, sino un espacio hecho de organizaciones, es decir, de relaciones internas entre los elementos cuyo conjunto asegura una función; mostrará que estas organizaciones son discontinuas, que no forman, pues, un cuadro de simultaneidades sin rupturas, sino que algunas son del mismo nivel en tanto que otras trazan series o sucesiones lineales. De suerte que se ve surgir, como principios organizadores de este espacio de empiricidades, la Analogía y la Sucesión: de una

organización a otra, en efecto, el lazo no puede ser ya la identidad de uno o de varios elementos, sino la identidad de la relación entre los elementos (donde la visibilidad no tiene ya papel alguno) y de la función que aseguran; además, si estas organizaciones llegan a tener que vecindar, por efecto de una densidad singularmente grande de analogías, no es que ellas ocupen emplazamientos cercanos en un espacio de clasificación, sino que se han formado unas al mismo tiempo que otras, y unas inmediatamente después de otras en el devenir de las sucesiones. En tanto que, en el pensamiento clásico, la sucesión de las cronologías no hacía más que recorrer el espacio anterior y más fundamental de un cuadro que presentaba de antemano todas las posibilidades, de ahora en adelante las semejanzas contemporáneas y observables simultáneamente en el espacio no serán sino las formas depuestas y fijas de una sucesión que procede de analogía en analogía. El orden clásico distribuía en un espacio permanente las identidades y las diferencias no cuantitativas que separaban y unían las cosas: este orden reinaba soberano, pero cada vez de acuerdo con formas y leyes ligeramente diferentes, sobre el discurso de los hombres, el cuadro de los seres naturales y el camino de las riquezas.

A partir del siglo XIX, la Historia va a desplegar en una serie temporal las analogías que relacionan unas con otras a las organizaciones distintas. Es esta Historia la que, progresivamente, impondrá sus leyes al análisis de la producción, al de los seres organizados y, por último, al de los grupos lingüísticos. La Historia da lugar a las organizaciones analógicas, así como el Orden abrió el camino de las identidades y de las diferencias sucesivas.

Pero se ve muy bien que la Historia no debe entenderse aquí como la compilación de las sucesiones de hecho, tal cual han podido ser constituidas; es el modo fundamental de ser de las empiricidades, aquello a partir de lo cual son afirmadas, puestas, dispuestas y repartidas en el espacio del saber para conocimientos eventuales y ciencias posibles. Así como el Orden en el pensamiento clásico no era la armonía visible de las cosas, su ajuste, su regularidad o su simetría comprobada sino el espacio propio de su ser y aquello que, antes de todo conocimiento efectivo, las establecía en el saber, así la Historia, a partir del siglo XIX, define el lugar de nacimiento de lo empírico, aquello en lo cual, mas allá de cualquier cronología establecida, toma el ser que le es propio. Sin duda a ello se debe que la Historia, tan rápidamente, se haya partido, de acuerdo con un equívoco que sin duda no se ha podido dominar, entre una ciencia empírica de los acontecimientos y este modo de ser radical que prescribe su destino a todos los seres empíricos y a estos seres singulares que somos nosotros. Sabemos bien que la Historia es el dominio más erudito, más informado, más despierto, más encumbrado quizá de nuestra memoria; pero es también igualmente el fondo del que se generan todos los seres y llegan a su centelleo precario. Modo de ser de todo lo que nos es dado en la experiencia, la Historia se convirtió así en lo inmoldeable de nuestro pensamiento: en lo que, sin duda, no resulta tan diferente del Orden clásico. También es posible establecer éste en un saber concertado, pero más fundamentalmente era el espacio en el que todo ser llegaba al conocimiento; y la metafísica clásica se alojaba precisamente en esta distancia del orden al Orden de las clasificaciones a la Identidad, de los seres naturales a la Naturaleza; en breve, de la percepción (o de la imaginación) de los hombres al entendimiento y a la voluntad de Dios. La filosofía del siglo XIX se alojará en la distancia de la historia con respecto a la Historia, de los acontecimientos al Origen, de la evolución al primer desgarramiento de la fuente, del olvido al Retorno. No será, pues,

metafísica sino en la medida en que será Memoria y, necesariamente volverá a llevar, el pensamiento a la cuestión de saber qué significa para el pensamiento el tener ya historia. Esta cuestión insoslayable presionará la filosofía de Hegel y Nietzsche y más allá. No vemos el fin de una reflexión filosófica autónoma, demasiado temprana y demasiado orgullosa para inclinarse, exclusivamente, ante lo que se dijo antes de ella por otros; no lo tomemos como pretexto para denunciar un pensamiento impotente para mantenerse de pie por sí solo y obligado, siempre a enrollarse en un pensamiento ya cumplido.

Basta con reconocer allí una filosofía, desprovista de una cierta metafísica, ya que está separada del espacio del orden, pero consagrada al Tiempo, a su flujo, a sus retornos ya que está presa en el modo de ser de la Historia.

Sin embargo, es necesario volver con un poco más de detalle a lo ocurrido entre fines del siglo XVIII y el XIX: a esta mutación dibujada con demasiada rapidez del Orden a la Historia ya la alteración fundamental de estas positividades que, durante casi un siglo y medio, habían dado lugar a tantos saberes vecinos análisis de las representaciones, gramática general, historia natural, reflexione sobre las riquezas y el comercio. ¿Cómo se borraron estas maneras de ordenar la empiricidades que fueron el discurso, el cuadro, los cambios? ¿En qué otro espacio y según que figuras tomaron su lugar y se distribuyeron, unos en relación con otros, las palabras, los seres, los objetos de la necesidad? ¿Qué nuevo modo de ser han debido recibir para que todos estos cambios hayan sido posibles y para que hayan aparecido, apenas al cabo de algunos años, estos saberes, ahora familiares que llamamos, a partir del siglo XIX, filología, biología y economía política? Nos imaginamos de buen grado que si estos nuevos dominios fueron definidos en el siglo pasado es porque un poco más de objetividad en el conocimiento, de exactitud en la observación, de rigor en el razonamiento, de organización en la investigación y en la información científica todo esto ayudado, con un poco de suerte o de genio, por algunos descubrimientos felices nos hicieron salir de una edad prehistórica en la que el saber balbucía aún con la *Grammaire* de Port Royal, las clasificaciones de Linneo y las teorías del comercio o de la agricultura. Pero si bien es posible hablar, desde el punto de vista de la racionalidad de los conocimientos, de prehistoria, con respecto a las positividades no puede hablarse más que de historia sin más. y ha sido necesario un acontecimiento fundamental sin duda uno de los más radicales que se hayan presentado en la cultura occidental para que se deshiciera la positividad del saber clásico y se constituyera una positividad de la que, sin duda, a{m no hemos salido del todo. Este acontecimiento nos escapa en gran parte, indudablemente porque a{m estamos cogidos en su abertura. Su amplitud, las capas profundas que ha alcanzado, todas las positividades que ha podido trastocar y recomponer, la fuerza soberana que le ha permitido atravesar, y tan sólo en \mas cuantos años, todo el espacio de nuestra cultura, todo esto no podría ser estimado ni medido sino al término de una investigación casi infinita que concerniría ni más ni menos que al ser mismo de nuestra modernidad. La constitución de tantas ciencias positivas, la aparición de la literatura, el repliegue de la filosofía sobre su propio devenir, el surgimiento de la historia como saber y como modo de ser de la empiricidad a la vez, no son sino otros tantos signos de una ruptura profunda. Signos dispersos en el espacio del saber ya que se dejan percibir aquí en la formación de una filología, allá en la de una economía política y más allá en la de una biología. Dispersión en la cronología también: ciertamente, el conjunto del fenómeno se sitúa entre fechas fácilmente asignables (los puntos extremos son los años 1775 y 1825); pero se puede reconocer, en cada uno de los

dominios estudiados, dos fases sucesivas que se articulan una sobre otra casi en torno a los años 1795-1800. En la primera de estas fases, el modo de ser fundamental de las positivities no cambia; las riquezas de los hombres, las especies de la naturaleza, las palabras que pueblan la lengua siguen siendo aún lo que eran en la época clásica: representaciones duplicadas -representaciones cuyo papel es designar las representaciones, analizarlas, componerlas y descomponerlas para hacer surgir en ellas, con el sistema de sus identidades y de sus diferencias, el principio general de un orden. Sólo en la segunda fase adquieren las palabras, las clases y las riquezas un modo de ser que ya no es compatible con el de la representación. En cambio, lo que se modifica muy pronto, desde los análisis de Adam Smith, A. L. de Jussieu o de Vicq d'Azyr, hasta la época de Jones o de Anquetil-Duperron, es la configuración de las positivities: la manera en la que, en el interior de cada una, funcionan los elementos representativos en relación unos con otros, en que aseguran su doble papel de designación y de articulación, en que alcanzan, por el juego de las comparaciones, a establecer un orden. Esta primera fase será la estudiada en el capítulo presente.

## 2. LA MEDIDA DEL TRABAJO

Aseguramos de buen grado que Adam Smith es el fundador de la economía política moderna podría decirse de la economía, sin más al introducir el concepto de trabajo en un dominio de la reflexión que no lo conocía aún: de golpe, todos los viejos análisis de la moneda, del comercio y del cambio habrían sido relegados a una época prehistórica del saber con la (mica excepción, quizá, del Fisiocratismo al que se concede dando menos el mérito de haber intentado el análisis de la producción agrícola. Es verdad que Adam Smith refiere desde un principio la noción de riqueza a la de trabajo. El trabajo anual de cada nación es el fondo que en principio la provee de todas las cosas necesarias y convenientes para la vida, y que anualmente consume el país. Dicho fondo se integra siempre o con el producto inmediato del trabajo, o con lo que mediante dicho producto se compra de otras naciones<sup>2</sup>; también es verdad que Smith relaciona el “valor de uso” de las cosas con la necesidad de los hombres, y el “valor de cambio” con la cantidad de trabajo aplicada para producirlas: “El valor de cualquier bien, para la persona que lo posee y que no piensa usarlo o consumirlo, sino cambiarlo por otros, es igual a la cantidad de trabajo que pueda adquirir o de que pueda disponer por mediación suya.”<sup>3</sup> De hecho, la diferencia entre los análisis de Smith y los de Turgot o de Cantillon es menos grande de lo que se piensa; o más bien, no estriba en lo que uno se imagina. Desde Cantillon, y antes de él, ya se distinguía perfectamente entre el valor de uso y el valor de cambio; después de Cantillon igualmente se usaba la cantidad de trabajo para medir este último. Pero la cantidad de trabajo inscrita en el precio de las cosas no era más que un instrumento de medida, relativo y reducible a la vez. En efecto, el trabajo de un hombre valía la cantidad de alimentos que era necesaria para mantenerlo a él ya su familia durante el tiempo que durara el trabajo<sup>4</sup>. Tanto que, en última instancia, la necesidad el alimento, el vestido, la habitación definía la medida

---

<sup>2</sup> A. Smith, *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, trad. esp., México, Fondo de Cultura Económica, 1958, p. 3

<sup>3</sup> Id., *ibid.*, p. 31.

<sup>4</sup> Cantillon, *Essai sur le commerce en general*, pp. 17-8

absoluta del precio de mercado. Todo a lo largo de la época clásica, es la necesidad la que mide las equivalencias, el valor de uso que sirve de referencia absoluta a los valores de cambio; es el alimento el que valora los precios, dando a la producción agrícola, al trigo ya la tierra, el privilegio que todos les han reconocido.

Así, pues, Adam Smith no inventó el trabajo como concepto económico, desde el momento en que se lo encuentra ya en Cantillon, en Quesnay, en Condillac; ni siquiera lo hace desempeñar un nuevo papel, pues también se sirve de él como medida del valor de cambio: “El trabajo, por consiguiente, es la medida real del valor en cambio de toda clase de bienes”.<sup>5</sup> Pero el desplaza: le conserva siempre la función de análisis de las riquezas cambiables; sin embargo, este análisis no es ya un puro y simple momento para remitir el cambio a la necesidad ( y el comercio al gesto primitivo del trueque) ; descubre una unidad de medida irreducible, insuperable y absoluta. De golpe, las riquezas no establecerán ya el orden interno de sus equivalencias por medio de la comparación de los objetos por cambiar, ni por una estimación del poder propio de cada uno para representar un objeto necesario (y, en última instancia, el más fundamental de todos, el alimento) ; se descompondrán de acuerdo con las unidades de trabajo que las hayan producido realmente. Las riquezas son siempre elementos representativos que funcionan: pero lo que representan finalmente no es ya el objeto del deseo, sino el trabajo. Pero, de inmediato, se presentan dos objeciones: ¿cómo puede ser el trabajo la medida fija del precio natural de las Cosas cuando él mismo tiene un precio que es variable? ¿Cómo puede ser el trabajo una unidad insuperable, cuando cambia de forma y el progreso de las manufacturas lo hace sin cesar más productivo dividiéndolo cada vez más? Ahora bien, justo por estas objeciones y como por su mediación es posible sacar a luz la irreductibilidad del trabajo y su carácter primigenio. En efecto, en el mundo hay comarcas y en una misma comarca hay momentos en los que el trabajo es caro: los obreros son poco numerosos, los salarios elevados; en cambio, en otros momentos la mano de obra es abundante, se la retribuye mal y el trabajo es barato. Pero lo que se modifica en estas alternativas es la cantidad de alimento que es posible adquirir con una jornada de trabajo: si hay pocas mercaderías y muchos consumidores, cada unidad de trabajo será recompensada tan sólo por una débil cantidad de subsistencia; por el contrario estará bien pagada si las mercancías son abundantes. Estas no son sino las consecuencias de una situación de mercado; el trabajo mismo, las horas pasadas en él, la pena y la fatiga son de cualquier modo los mismos; y mientras más haga de estas unidades, más costosos serán los productos. “Iguales cantidades de trabajo tienen el mismo valor para el trabajador.”<sup>6</sup>

Y, sin embargo, podría decirse que esta unidad no es fija, ya que, para producir un único y mismo objeto, será necesario, de acuerdo con la perfección de las manufacturas ( es decir, de acuerdo con la división del trabajo que se haya instituido) , un trabajo más o menos largo. Pero, a decir verdad, lo que ha cambiado no es el trabajo en sí mismo, es la relación del trabajo con la producción de que es susceptible. El trabajo, entendido como jornada, pena y fatiga, es un numerador fijo: lo único capaz de variaciones es el denominador (el número de objetos producidos). Un obrero que tuviera que hacer solo las dieciocho operaciones distintas que son necesarias para la fabricación de un alfiler, sin duda no produciría más de veinte en el curso de toda una jornada. Pero diez operarios que sólo

---

<sup>5</sup> A. Smith, op. cit. p. 31

<sup>6</sup> Id., ibid, p. 33.

tuvieran que realizar una o dos operaciones cada uno, podrían hacer entre ellos más de cuarenta y ocho mil alfileres en una jornada; y si consideramos que cada obrero hace una décima parte de este producto, puede decirse que hace cuatro mil ochocientos alfileres por jornada.<sup>7</sup> La fuerza productora del trabajo se ha multiplicado; en una misma unidad (la jornada de un asalariado), los objetos fabricados han aumentado; en consecuencia, su valor de cambio va a bajar, es decir, que cada uno de ellos no podrá comprar a su vez más que una cantidad de trabajo proporcionalmente menor. El trabajo no ha disminuido con relación a las cosas; son las cosas las que, por así decirlo, se han reducido con relación a la unidad de trabajo.

Es verdad que se hacen cambios porque se tienen necesidades; sin ellas, el comercio no existiría, ni tampoco el trabajo ni, sobre todo, esta división que lo hace más productivo. A la inversa, las necesidades, una vez satisfechas, son las que limitan el trabajo y su perfeccionamiento: “Así como la facultad de cambiar motiva la división en el trabajo, la amplitud de esta división se halla limitada por la extensión de aquella facultad o, dicho en otras palabras, por la extensión del mercado”.<sup>8</sup> Las necesidades y el cambio de los productos que pueden responder a ellas son siempre el principio de la economía: son el primer motor de ella y la circunscriben; el trabajo y la división que lo organiza no son más que efectos. Pero, en el interior del cambio, en el orden de las equivalencias, la medida que establece las igualdades y las diferencias tiene una naturaleza distinta a la de la necesidad. No está ligada al mero deseo de los individuos, ni es modificada por él y variable como él. Es una medida absoluta, si por ello se entiende que no depende del corazón de los hombres o de su apetito; se les impone desde el exterior: es su tiempo y es su pena. En relación con los análisis de sus predecesores, el de Adam Smith representa un viraje esencial: distingue entre la razón del cambio y la medida de lo cambiante, entre la naturaleza de lo que se cambia y las unidades que permiten su descomposición. Se cambia porque se tiene una necesidad y justo los objetos que se necesitan, pero el orden de los cambios, su jerarquía y las diferencias que allí se manifiestan son establecidos por las unidades de trabajo depositadas en los objetos en cuestión. Si, con respecto a la experiencia de los hombres al nivel de lo que habrá de llamarse la psicología, lo que cambian es lo que les es “indispensable, conveniente o agradable”, para el economista lo que circula, bajo la forma de cosas, es el trabajo. No se trata ya de objetos necesarios que se representen unos a otros, sino del tiempo y de la pena, transformados, ocultos, olvidados.

Este viraje tiene una gran importancia. Es verdad que Adam Smith analiza aún, como sus predecesores, este campo de positividad que el siglo XVIII llamó “las riquezas”; y con este término también él entendía los objetos de la necesidad así, pues, los objetos de una cierta forma de representación representándose a sí mismos en los movimientos y procesos del cambio. Pero en el interior de esta duplicación y para dar la ley, las unidades y las medidas del cambio, formula un principio de orden irreductible al análisis de la representación: saca a luz el trabajo, es decir, la pena y el tiempo, esta jornada que recorta y usa a la vez la vida de un hombre. La equivalencia de los objetos del deseo no se establece ya por mediación de otros objetos y de otros deseos, sino por un paso a lo que les es radicalmente heterogéneo; si existe un orden en las riquezas, si esto puede comprar aquello,

---

<sup>7</sup> Id., *ibid.*, p. 8

<sup>8</sup> Id., *ibid.*, p. 20

si el oro vale dos veces más que la plata, no es ya porque los hombres tengan deseos comparables; no es porque a través de sus cuerpos experimentan la misma hambre o porque el corazón de todos obedezca a los mismos prestigios; es porque todos están sometidos al tiempo, a la pena, a la fatiga y, llegado el límite, a la muerte misma. Los hombres intercambian porque experimentan necesidades y deseos; pero pueden cambiar y ordenar estos cambios porque están sometidos al tiempo ya la gran fatalidad externa. Por lo que respecta a la fecundidad de este trabajo, no se debe tanto a la habilidad personal o al cálculo de los intereses; se funda en condiciones que también son exteriores a su representación: progreso de la industria, aumento de la división de tareas, acumulación del capital, partición del trabajo productivo y del improductivo. Vemos así cómo, con Adam Smith, la reflexión sobre las riquezas empieza a desbordar el espacio que se le había asignado en la época clásica; se la alojaba entonces en el interior de la “ideología” del análisis de la representación; desde ahora se refiere como de paso a dos dominios que escapaban, tanto uno como otro, a las formas ya las leyes de la descomposición de las ideas: por una parte, apunta ya hacia una antropología que pone en duda la esencia del hombre ( su finitud, su relación con el tiempo, la inminencia de la muerte) y el objeto en el que invierte las jornadas de su tiempo y de su pena sin poder reconocer en él el objeto de su necesidad inmediata; y por la otra, indica a{m en el vacío la posibilidad de una economía política que no tendría ya por objeto el cambio de riquezas (y el juego de representaciones que la fundamenta), sino su producción real: forma, de trabajo y de capital. Se comprende cómo, entre estas positivities formadas nuevamente -una antropología que habla de un hombre convertido en extraño para sí mismo y una economía que habla de mecanismos exteriores a la conciencia humana- la Ideología o el Análisis de las representaciones se reducirá, muy pronto, a no ser más que una psicología, en tanto que frente a ella y en contra de ella se abre y la domina con toda su altura la dimensión de una historia posible. A partir de Smith, el tiempo de la economía no será ya aquel, cíclico, de los empobrecimientos y los enriquecimientos; tampoco será el aumento lineal de políticas hábiles que, al aumentar de continuo ligeramente las especies en circulación aceleran la producción con una rapidez mayor que la elevación de los precios; será el tiempo interior de una organización que crece de acuerdo con su propia necesidad y se desarrolla de acuerdo con leyes autóctonas el tiempo del capital y del régimen de producción.

### 3. LA ORGANIZACIÓN DE LOS SERES

En el dominio de la historia natural, las modificaciones que pueden comprobarse entre los años 1775 y 1795 son del mismo tipo. No se pone en duda lo que está al principio de las clasificaciones : éstas tienen siempre como fin el determinar el “carácter” que agrupa los individuos y las especies en unidades más generales, que distingue estas unidades unas de otras y que, por último, les permite ajustarse de tal manera que formen un cuadro en el que todos los individuos y todos los grupos, conocidos o desconocidos, pueda encontrar su lugar. Estos caracteres son tomados de la representación total de los individuos; son el análisis de ella y permiten, al representar estas representaciones, constituir un orden; los principios generales de la taxinomia -los mismos que habían dirigido los sistemas de Tournefort y de Linneo, y el método de Adanson- siguen teniendo el mismo valor para A. L. de Jussieu, Vicq d'Azyr, Lamarck, Candolle. Y, sin embargo, la técnica que permite establecer el carácter, la relación entre la estructura visible y los criterios de identidad se han modificado del mismo modo en que las relaciones de la necesidad y el precio fueron



modificadas por Adam Smith, todo a lo largo del siglo XVIII, los clasificadores establecieron el carácter por medio de la comparación de estructuras visibles, es decir, mediante la relación de elementos que eran homogéneos, ya que cada uno de ellos podía servir, de acuerdo con el principio ordenador que se hubiera elegido, para representar todos los demás: la única diferencia residía en que, para los sistematizadores, los elementos representativos estaban fijados de antemano y, para los metódicos, se desprendían poco a poco a partir de una confrontación progresiva. Pero el paso de la estructura descrita al carácter clasificador se hacía por completo en el nivel de las funciones representativas que lo visible ejercía con respecto a sí mismo. A partir de Jussieu, Lamarck y de Vicq d'Azyr, el carácter o más bien, la transformación de la estructura en carácter, va a fundamentarse en un principio extraño al dominio de la visible en principio interno irreductible; un juego recíproco de las representaciones. Este principio (al que, en el orden de la economía, corresponde el trabajo) es la organización. En cuanto fundamento de las taxinomias, la organización aparece de cuatro maneras diferentes.

- 1) Primero, bajo la forma de una jerarquía de caracteres. En efecto, si no se despliegan las especies unas al lado de otras y en su mayor diversidad, sino que se acepta, a fin de delimitar de golpe el campo de investigación, los grandes agrupamientos que impone la evidencia las gramíneas, las compuestas, las crucíferas, las leguminosas, por lo que respecta a las plantas; o, por lo que respecta a los animales, los insectos, los peces, las aves, los cuadrúpedos se ve que ciertos caracteres son absolutamente constantes y no faltan en ningún género, en ninguna de las especies que pueden reconocerse: por ejemplo, la inserción de los estambres, su situación en relación con el pistilo, la inserción de la corola cuando en ella están los estambres, el número de lóbulos que acompañan al embrión en la semilla. Otros caracteres son muy frecuentes en una familia, pero no alcanzan el mismo grado de constancia; esto se debe a que están formados por órganos menos esenciales (número de pétalos, presencia o ausencia de corola, situación respectiva del cáliz o del pistilo): son los caracteres “secundarios sub-uniformes”. Por último, los caracteres “terciarios semi-uniformes” son unas veces constantes y otras variables (estructura monofila y polifila del cáliz, número de celdas en el fruto, situación de las flores y de las hojas, naturaleza del tallo): estos caracteres semi-uniformes no permiten definir las familias o los órdenes no porque no sean capaces, si se los aplica a todas las especies, de formar entidades generales, sino porque no se refieren a lo que hay de esencial en un grupo de seres vivos. Cada una de las grandes familias naturales tiene requisitos que la definen y los caracteres que permiten reconocerla son los más cercanos a las condiciones fundamentales: así, dado que la reproducción es la función mayor de la planta, el embrión será su parte más importante, y se podrá dividir a los vegetales en tres clases : acotiledóneas, mono. cotiledóneas y dicotiledóneas. Los otros caracteres pueden aparecer e introducir distinciones más finas sobre el fondo de estos caracteres esenciales y “primarios”. Vemos que el carácter no se destaca ya sobre la estructura visible y sin más criterio que su presencia o su ausencia; se basa en la existencia de funciones esenciales para el ser vivo y sobre relaciones de importancia que no surgen sólo de la descripción.
- 2) Los caracteres están, pues, ligados a funciones. En un sentido, se vuelve a la vieja teoría de las signatures o marcas que suponía que los seres llevaban, en el punto más

visible de su superficie, el signo de lo que en ellos era lo más esencial. Pero aquí las relaciones de importancia son relaciones de subordinación funcional. Si el número de los cotiledones es decisivo para clasificar los vegetales, esto se debe a que desempeñan un papel determinado en la función de la reproducción ya que están ligados, por ello mismo, a toda la organización interna de la planta; indican una función que domina toda la disposición del individuo.<sup>9</sup> Así, por lo que respecta a los animales, Vicq d'Azyr ha demostrado que las funciones alimenticias son, sin duda alguna, las más importantes; ésta es la razón por la que “existen relaciones constantes entre la estructura de los dientes de los carnívoros y la de sus músculos, sus pezuñas, sus uñas, su lengua, su estómago, sus intestinos”.<sup>10</sup> Así, pues, el carácter mismo no es establecido por una relación de la visible consigo mismo; en sí, no es más que la punta visible de una organización compleja y jerarquizada en la que la función desempeña un papel esencial de dominio y de determinación. Un carácter no es importante por ser frecuente en las estructuras observadas, al contrario, se le encuentra con frecuencia por ser funcionalmente importante. Como lo señalará Cuvier, resumiendo la obra de los últimos grandes metódicos del siglo, a medida que nos elevamos hacia las clases más generales, “las propiedades que siguen siendo comunes son también constantes; y dado que las relaciones más constantes son las que pertenecen a las partes más importantes, los caracteres de las divisiones superiores se sacan de las partes más importantes... Así, el método será natural, ya que tiene en cuenta la importancia de los órganos”.<sup>11</sup>

- 3) Se comprende cómo, en estas condiciones, la noción de vida pudo hacerse indispensable para la ordenación de los seres naturales. Se convirtió en indispensable por dos razones: primero, era necesario poder apresar, en la profundidad del cuerpo, las relaciones que ligan los órganos superficiales a aquellos cuya existencia y forma oculta aseguran las funciones esenciales; de esta manera, Storr propone clasificar los mamíferos de acuerdo con la disposición de sus pezuñas, pues tal disposición está ligada a sus modos de desplazamiento ya las posibilidades motrices del animal; ahora bien, estos modos están, a su vez, en correlación con la forma de alimentación y los diferentes órganos del sistema digestivo.<sup>12</sup> Además, es posible que los caracteres más importantes sean los más ocultos; ya en el orden vegetal ha podido comprobarse que no son las flores ni los frutos las partes más visibles de la planta los elementos significativos, sino el aparato embrionario y órganos como los cotiledones. Este fenómeno es más frecuente aún entre los animales. Storr consideraba que era necesario definir las grandes clases por las formas de la circulación; y Lamarck, que no practicaba la disección, rechaza un principio de clasificación para los animales inferiores que no se funda más que sobre la forma visible: “La consideración de las articulaciones del cuerpo y de los miembros de los crustáceos ha hecho que todos los naturalistas los consideren como verdaderos insectos y yo mismo seguí durante mucho tiempo la opinión común al respecto. Pero como se reconoce que la organización es la más

<sup>9</sup> A. L. De Jussieu, *Genera Plantarum*, p. XVIII

<sup>10</sup> Vicq d'Azyr, *Système anatomique des quadrupèdes*, 1792, « Discours préliminaire », p. LXXXVII

<sup>11</sup> Cuvier, *Tableau élémentaire de l'histoire naturelle*, París, año VI, pp. 20-21

<sup>12</sup> Storr, *Prodromus methodi mammalium*, Tubinga, 1870, pp. 7-20

esencial de todas las consideraciones para guiar en una distribución metódica y natural de los animales, lo mismo que para determinar las verdaderas relaciones entre ellos, resulta que los crustáceos, que respiran sólo por medio de branquias a la manera de los moluscos y que, como éstos, tienen un corazón muscular, deben ser colocados inmediatamente después de ellos y antes de los arácnidos y de los insectos que no poseen una organización semejante.”<sup>13</sup> Así, pues, clasificar no será ya referir lo visible a sí mismo, encargando a uno de sus elementos la representación de los otros será relacionar lo visible con lo invisible, como con su razón profunda, en un movimiento que hace girar el análisis, y después subir a partir de esta arquitectura secreta hasta los signos manifiestos de ella que se dan en la superficie de los cuerpos. Como decía Pinel, en su obra de naturalista, “el atenerse a los caracteres externos que asignan las nomenclaturas no equivale a cerrarse la fuerte más fecunda de instrucciones ya rehusarse, por así decirlo, a abrir el gran libro de la naturaleza que, sin embargo, se propone uno conocer”.<sup>14</sup> De ahora en adelante, el carácter vuelve a tomar su viejo papel de signo visible que señala hacia una escondida profundidad; pero lo que indica no es un texto secreto, una palabra velada o una semejanza demasiado preciosa para ser expuesta; es el conjunto coherente de una organización que retoma lo visible, en la trama única de su soberanía, tanto como lo invisible.

- 4) El paralelismo entre clasificación y nomenclatura desatado por el hecho mismo. En tanto que la clasificación consistía en un recorte progresivamente ajustado del espacio visible, era muy bien concebible que la delimitación y la denominación de estos conjuntos pudieran cumplirse a la vez. El problema del nombre y el problema del género eran isomorfos. Pero ahora, cuando el carácter sólo puede ser clasificado refiriéndose de inmediato a la organización de los individuos, no se “distingue” ya según los mismos criterios y las mismas operaciones con que se “denomina”. Para encontrar los conjuntos fundamentales que reagrupan los seres naturales, es necesario recorrer este espacio en profundidad .que va de los órganos superficiales a los más secretos, y de éstos a las grandes funciones que aseguran. En cambio, una buena nomenclatura continuará desplegándose en el espacio plano del cuadro: será necesario llegar, a partir de los caracteres visibles del individuo, al casillero preciso en el que se encuentra el nombre de este género y de su especie. Existe una distorsión fundamental entre el espacio de la organización y el de la nomenclatura: o, mejor dicho, en vez de cubrirse exactamente son ahora perpendiculares uno a otro; y, en su punto de unión, se encuentra el carácter manifiesto que indica una función en profundidad y permite reencontrar un nombre en la superficie. Esta distinción, que en unos cuantos años va a volver caducas tanto la historia natural como la preeminencia de la taxinomia, se debe al genio de Lamarck: en el “Discurso preliminar” de la *Flore française*, opone, como radicalmente distintas, las dos tareas de la botánica: la “determinación” que aplica las reglas del análisis y permite encontrar un nombre por el simple juego de un método binario (o bien tal

---

<sup>13</sup> Lamarck, *Système des animaux sans vertebres*, París, 1810, pp. 143-4

<sup>14</sup> Ph. Pineí, Nouvelle méthode de classification des quadrumanes (Actes de la Société d'Histoire Naturelle, t, I, p. 52), citado por Daudin, Les clases zoologiques.

carácter está presente en el individuo que se examina y es necesario tratar de situarlo en la parte derecha del cuadro; o bien no está presente y es innecesario situarlo en la parte izquierda; y esto hasta llegar a la última determinación); y el descubrimiento de las relaciones reales de semejanza, que supone el examen de toda la organización de las especies.<sup>15</sup> El nombre y los géneros, la designación y la clasificación, el lenguaje y la naturaleza dejan de estar entrecruzados con pleno derecho. El orden de las palabras y el orden de los seres no se recortan ya sino en una línea artificialmente definida. Su vieja pertenencia, que fundó la historia natural en la época clásica, y que había llevado, con un solo movimiento, la estructura hasta el carácter, la representación hasta el nombre y el individuo visible hasta el género abstracto, empieza a deshacerse. Se comienza a hablar de cosas que tienen lugar en un espacio distinto al de las palabras. Al hacer, y muy pronto, tal distinción, Lamarck cierra la época de la historia natural y entreabre más bien la de la biología, de una manera más cierta y radical que al retomar, unos veinte años después, el tema ya conocido de la serie única de las especies y de su transformación progresiva.

El concepto de organización existía ya en la historia natural del siglo XVIII de la misma manera que, en el análisis de las riquezas, la noción de trabajo, que tampoco fue inventada al salir de la época clásica; pero entonces servía para definir un cierto modo de composición de los individuos complejos a partir de materiales más elementales; Linneo, por ejemplo, distinguía la “yuxtaposición” que hacía crecer al mineral, de la “intususcepción” por medio de la cual se desarrolla el vegetal al alimentarse.<sup>16</sup> Bonnet oponía el “agregado” de los “sólidos brutos” a la “composición de los sólidos organizados” que “entrelaza un número casi infinito de partes, fluidas unas y sólidas las otras.”<sup>17</sup> Ahora bien, este concepto de organización nunca había servido antes del fin del siglo para fundar el orden de la naturaleza para definir su espacio ni para limitar sus figuras. A través de las obras de Jussieu, de Vicq d'Azyr y de Lamarck empieza a funcionar por primera vez como método de caracterización: subordina los caracteres unos a otros; los dispone con funciones; los dispone de acuerdo con una arquitectura tanto interna como externa y no menos invisible que visible; los reparte en un espacio distinto al de los nombres el discurso y el lenguaje. Así, pues, no se contenta ya con designar una categoría de seres entre las otras; no indica solamente un corte en el espacio taxinómico; define, con respecto a ciertos seres, la ley interior que permite que la de sus estructuras tome el valor de un carácter. La organización se inserta entre las estructuras que articulan y los caracteres que designan introduciendo entre ellos un espacio profundo, interior, esencial.

Esta importante mutación se realiza aún en el elemento de la historia natural; modifica los métodos y las técnicas de una taxinomia; no rechaza las condiciones fundamentales de su posibilidad; ni siquiera toca el modo de ser de un orden natural. Sin embargo, entraña una consecuencia mayor: la radicalización de la partición entre lo orgánico y lo inorgánico. En el cuadro de los seres que desplegaba la historia natural, la organizado y lo no organizado no definían más que dos categorías; éstas se entrecruzaban, sin coincidir

---

<sup>15</sup> Lamarck, *La flore française*, Paris, 1778, Discours Preliminarie, pp. XC-CII.

<sup>16</sup> Linneo, *Système sexuel des végétaux*, trad. Francesa, París, año VI, p. I.

<sup>17</sup> Bonnet, *Contemplation de la nature*, Oeuvres complètes, t. IV, p. 40.

necesariamente, con la oposición entre lo vivo y lo no vivo. A partir del momento en que la organización se convierte en el concepto fundador de la caracterización natural y permite pasar de la estructura visible a la designación, debe dejar de ser ella misma sólo un carácter; rodea el espacio taxinómico en el que estaba alojada y es ella, a su vez, la que da lugar a una clasificación posible. Por este hecho mismo, la oposición entre lo orgánico y lo inorgánico se convierte en fundamental. En efecto, a partir de los años 1775-95, desaparece la vieja articulación de los tres o cuatro reinos; la oposición de los dos reinos orgánico e inorgánico no la sustituye exactamente; más bien la hace imposible al imponer otra partición, en otro nivel y en otro espacio. Pallas y Lamarck<sup>18</sup> formulan esta gran dicotomía, con la que viene a coincidir la oposición de lo vivo y lo no vivo. “No hay más que dos reinos en la naturaleza -escribe Vicq d'Azyr en 1786- uno de los cuales goza de la vida y el otro está privado de ella.”<sup>19</sup> Lo orgánico se convierte en lo vivo y lo vivo es lo que produce, al crecer y reproducirse; lo inorgánico o lo no vivo, lo que ni se desarrolla ni se reproduce; esta en los límites de la vida, es lo inerte y lo infecundo -la muerte. Y, si está mezclado con la vida, es como aquello que, en ella, tiende a destruirla y a matarla. “Existen en todos los seres vivos dos fuerzas poderosas muy distintas y siempre en oposición, de tal suerte que cada una de ellas destruye perpetuamente los efectos que la otra ha logrado producir.”<sup>20</sup> Se ve cómo, al romper en su profundidad el gran cuadro de la historia natural, va a hacerse posible algo así como una biología; y también como va a poder surgir de los análisis de Bichat la oposición fundamental entre la vida y la muerte. No será el triunfo, más o menos precario, de un vitalismo sobre un mecanicismo; el vitalismo y su esfuerzo por definir la especificidad de la vida no son más que los efectos superficiales de estos acontecimientos arqueológicos.

#### 4. LA FLEXIÓN DE LAS PALABRAS

Por el lado de los análisis del lenguaje se encuentra la réplica exacta de estos acontecimientos. Pero tienen, sin duda, una forma más discreta y una cronología más lenta. Hay allí una razón fácil de descubrir durante toda la época clásica, el lenguaje ha sido planteado y reflexionado como discurso, es decir, como análisis espontáneo de la representación. De todas las formas de orden no cuantitativo, era la más inmediata, la más concertada, la más profundamente ligada al movimiento propio de la representación. Y, en esta medida, estaba mejor enraizada en sí y en su modo de ser que estos órdenes reflexionados -doctos o interesados- que fundaban la clasificación de los seres o el cambio de las riquezas. Las modificaciones técnicas como las que han afectado la medida de los valores de cambio o los procedimientos de la caracterización han bastado para alterar considerablemente el análisis de las riquezas o la historia natural. Para que la ciencia del lenguaje sufriese mutaciones igualmente importantes, se necesitaron acontecimientos más profundos, capaces de cambiar, en la cultura occidental, hasta el ser mismo de las representaciones. Así como la teoría del hombre en los siglos XVII y XVIII se alojaba lo más cerca de la representación y por ello dominaba, hasta cierto punto, el análisis de las estructuras y del carácter en los seres vivos, la del precio y el valor en las riquezas, así, al final de la época clásica, es la que subsiste por más tiempo, deshaciéndose tarde en el

---

<sup>18</sup> Lamarck, *La flore française*, p. 1-2

<sup>19</sup> Vicq d'Azyr, *Premiers discours anatomiques*, 1786, pp. 17-8

<sup>20</sup> Lamarck, *Mémoires de Physique et d'histoire naturelle*, año 1797, p. 248.

momento en que la representación misma se modifica en el nivel más profundo de su régimen arqueológico.

Hasta principios del siglo XIX, los análisis del lenguaje no manifiestan aún sino pocos cambios. Las palabras se interrogan siempre a partir de sus valores representativos, como elementos virtuales del discurso que prescribe a todas un mismo modo de ser. Sin embargo, estos contenidos representativos no son analizados ya solo en la dimensión que se relaciona con un origen absoluto, sea mítico o no. En la gramática general, en su forma más pura, todas las palabras de una lengua eran portadoras de una significación más o menos oculta, más o menos derivada, pero cuya primitiva razón de ser residía en una designación inicial. Toda lengua, por compleja que fuera, estaba colocada en la abertura procurada, de una vez por todas, por los gritos arcaicos. Las semejanzas laterales con otras lenguas +sonoridades vecinas que recubren significaciones análogas- sólo eran notadas y recogidas para confirmar la relación vertical de cada una con estos valores profundos, encallados, casi mudos. En el último cuarto del siglo XVIII, la comparación horizontal entre las lenguas adquiere otra función: no permite ya saber lo que cada una puede guardar de la memoria ancestral, qué marcas anteriores a Babel están depositadas en la sonoridad de sus palabras; pero debe permitir medir hasta qué punto se asemejan, cuál es la densidad de sus similitudes, dentro de qué límites son transparentes una a otra. De allí esas grandes confrontaciones de diversas lenguas que vemos aparecer a fines del siglo y, a veces, por la presión de motivos políticos, como las tentativas hechas en Rusia<sup>21</sup> 20 para establecer una relación detallada de las lenguas del Imperio; en 1787, apareció en Petrogrado el primer volumen del *Glossarium comparativum totius orbis*; debía hacer referencia a 279 lenguas: 171 del Asia, 55 de Europa, 30 del África y 23 de América.<sup>22</sup> Estas comparaciones se hacen exclusivamente a partir de los contenidos representativos y en función de ellos; se confronta un mismo núcleo de significación que sirve de invariable con las palabras que pueden designarlo en las diversas lenguas (Adelung<sup>23</sup> da 500 versiones del *Paternoster* en lenguas y dialectos diferentes); o también, eligiendo una raíz Como elemento constante a través de formas ligeramente variadas, se determina el abanico de sentidos que puede tomar (se trata de los primeros ensayos de lexicografía, como el de Buthet de La Sarthe). Todos estos análisis remiten siempre a dos principios que eran ya los de la gramática general: el de una lengua primitiva y común que habría proporcionado el grupo inicial de raíces y el de una serie de acontecimientos históricos extraños al lenguaje, y que, desde el exterior, lo pliegan, lo usan, lo afinan, lo doman, al multiplicar o mezclar las formas (invasiones, migraciones, progreso de los conocimientos, libertad o esclavitud política, etc.) . Ahora bien, la confrontación de las lenguas a fines del siglo XVIII saca a luz una figura intermediaria entre la articulación de los contenidos y el valor de las raíces se trata de la flexión. Es verdad que los gramáticos conocían desde tiempo atrás los fenómenos flexionales (así como, en la historia natural, se conocía el concepto de organización antes de Pallas y de Lamarck; y, en economía, el concepto de trabajo antes de Adam Smith); pero las flexiones sólo eran analizadas por su valor representativo sea que se las considerara

---

<sup>21</sup> Bachmeister, *Idea et desideria de colligendis linguarum specimenibus*, Petrogrado, 1773; Güldenstadt, *Voyage dans le Caucase*

<sup>22</sup> La segunda edición, en cuatro volúmenes, apareció en 1790-1

<sup>23</sup> F. Adelung, *Mithridates*, 4 vols., Berlín, 1806-17

como representaciones anexas, sea que se las viera como una manera de ligar las representaciones entre ellas (algo así como otro orden de las palabras) . Pero cuando se hace, como lo hicieron Coeurdoux<sup>24</sup> y William Jones<sup>25</sup> la comparación entre las diferentes formas del verbo ser en sánscrito y en latín o griego, se descubre una relación de constancia que es inversa a la admitida por lo general: lo que se altera es la raíz y lo análogo son las flexiones. La serie sánscrita *asmi, asi, asti, smas, stha, santi*, corresponde exactamente, pero por analogía flexional, a la serie latina *sum, es, est, sumus, estis, sunt*. Sin duda alguna, Coeurdoux y Anquetil-Duperron permanecieron en el nivel de los análisis de la gramática general cuando el primero vio en este paralelismo los restos de una lengua primitiva; y el segundo el resultado de la mezcla histórica que pudo hacerse entre hindúes y mediterráneos por la época del reino de Bactriana. Pero lo que estaba en juego en esta conjugación comparada no era ya el lazo entre la sílaba primitiva y el primer sentido, sino una relación más compleja entre las modificaciones del radical y las funciones de la gramática; se descubrió que entre dos lenguas diferentes había una relación constante entre una serie determinada de alteraciones formales y una serie, igualmente determinada, de funciones gramaticales, de valores sintácticos o de modificaciones de sentido.

Por este hecho mismo, la gramática general empieza a cambiar de configuración: sus diversos segmentos teóricos no se encadenan ya de hecho de la misma manera unos a otros; y la red que los une dibuja un recorrido ya ligeramente diferente. Por la época de Bauzée o de Condillac, la relación entre las raíces de forma tan hábil y el sentido recortado en las representaciones o aun el lazo entre la capacidad de designar y la de articular, estaba asegurada por la soberanía del Nombre. Pero ahora interviene un nuevo elemento: por el lado del sentido o de la representación no indica más que un valor accesorio, necesariamente secundario (se trata del papel de sujeto o de complemento representado por el individuo o la Cosa designados; se trata del tiempo de la acción); pero por el lado de la forma, constituye el conjunto sólido, constante, inalterable o casi inalterable, cuya ley soberana se impone a las raíces representativas hasta modificarlas a ellas mismas. Es más, este elemento, secundario por su valor significativo, primordial por su consistencia formal, no es él mismo una sílaba aislada, como una especie de raíz constante, es un sistema de modificaciones cuyos diversos segmentos son solidarios unos de otros: la letra *s* no significa la segunda persona, como la letra *e* significaba, según Court de Gébelin, la respiración, la vida y la existencia; es el conjunto de las modificaciones *m, s, t*, lo que da a la raíz verbal los valores de la primera, la segunda y la tercera personas.

Este nuevo análisis se aloja, hasta fines del siglo XVIII, en la investigación de los valores representativos del lenguaje. De lo que se trata es aún del discurso. Pero ya aparece, a través del sistema de flexiones, la dimensión de lo gramatical puro; el lenguaje no está ya constituido solamente por representaciones y sonidos que a su vez los representan y se ordenan entre sí de acuerdo Con las exigencias de los lazos del pensamiento; está constituido además por elementos formales, agrupados en sistema, y que imponen a los sonidos, a las sílabas, a las raíces, un régimen que no es el de la representación.

---

<sup>24</sup> R. P. Cocurdollx, Mémoires de l'Académie des Inscriptions, t. XLIX, pp. 647-97.

<sup>25</sup> W. Jones, *Works*, Londres, 13 vols.

Se ha introducido así en el análisis del lenguaje un elemento que le es irreductible (así como se introduce el trabajo en el análisis del cambio o la organización en el de los caracteres). A título de primera consecuencia puede señalarse la aparición, a fines del siglo XVIII, de una fonética que no es ya una investigación de los primeros valores expresivos, sino análisis de los sonidos, de sus relaciones y de su posible transformación de unos en otros; en 1781, Helwag definió el triángulo vocálico.<sup>26</sup> Puede señalarse también la aparición de los primeros esbozos de gramática comparada; no se toma ya, como objeto de comparación en las diversas lenguas, la pareja formada por un grupo de letras y un sentido, sino conjuntos de modificaciones. Con , valor gramatical (conjugaciones, declinaciones y afijaciones) . Las lenguas se confrontan no ya por aquello que designan las palabras, sino por lo que las liga unas a otras; ahora van a comunicarse directamente una con otra no ya por la mediación de ese pensamiento anónimo y general que tienen que representar, gracias a esos minúsculos instrumentos de apariencia tan frágil, pero tan constantes, tan irreductibles, que disponen las palabras en relación unas con otras. Como dice Monboddo: “El mecanismo de las lenguas es menos arbitrario y está mejor regulado que la pronunciación de las palabras, por ello encontramos en él un criterio excelente para determinar la afinidad de las lenguas entre sí. Es por esto por lo que cuando vemos que dos lenguas emplean de la misma manera estos grandes procesos del lenguaje, la derivación, la composición, la inflexión, podemos concluir que la una deriva de la otra o que ambas son dialectos de una misma lengua primitiva”.<sup>27</sup> Mientras la lengua se definió como discurso, no podía tener más historia que la de sus representaciones: las ideas, las cosas, los conocimientos, los sentimientos cambiaban y entonces, y sólo entonces, se modificaba la lengua en proporción exacta con estos cambios. Pero ahora hay un “mecanismo” interior de las lenguas que determina no sólo la individualidad de cada una de ellas, sino también sus semejanzas con las otras: es este mecanismo, portador de identidad y de diferencia, signo de vecindad, marca de parentesco, el que va a convertirse en soporte de la historia. Gracias a él, podrá introducirse la historicidad dentro del espesor de la palabra misma.

## 5. IDEOLOGÍA Y CRÍTICA

En la gramática general, en la historia natural, en el análisis de las riquezas se produjo, pues, hacia los últimos años del siglo XVIII, un acontecimiento que tiene, por doquier, el mismo tipo. Los signos cuyas representaciones eran afectadas, el análisis de las identidades y de las diferencias que podía pues establecerse, el cuadro a la vez continuo y articulado que se instauraba en la abundancia de similitudes, el orden definido entre las multiplicidades empíricas, no podían fundarse de ahora en adelante sobre el desdoblamiento solo de la representación en relación consigo misma. A partir de este acontecimiento, lo que valora los objetos del deseo no son ya solamente los otros objetos que el deseo puede representarse, sino un elemento irreductible a esta representación: el trabajo; lo que permite caracterizar un ser natural no son ya los elementos que pueden analizarse sobre las representaciones que uno se hace sobre él y sobre otros, sino una cierta relación interior de este ser a la que se llama su *organización*: lo que permite definir una lengua no es la manera en que ella representa las representaciones, sino una cierta arquitectura interna, una cierta manera de modificar las palabras mismas de acuerdo con el

<sup>26</sup> Helwag, *De formatione loquela*, 1781

<sup>27</sup> Lord Monboddo, *Ancient Metaphysics*, vol. IV, p. 326



lugar gramatical que ocupan unas en relación con otras: su *sistema flexional*. En todos los casos, la relación de la representación consigo misma y las relaciones de orden que permite determinar más allá de cualquier medida cuantitativa, pasan ahora por condiciones exteriores a la representación misma en su actualidad. Para ligar la representación de un sentido con la de una palabra, es necesario referirse y recurrir a las leyes puramente gramaticales de un lenguaje que, fuera de cualquier poder de representar las representaciones, está sometido al sistema riguroso de sus modificaciones fonéticas y de sus subordinaciones sintéticas; en la época clásica, las lenguas tenían una gramática debido a que tenían la fuerza de representar; ahora representan a partir de esta gramática que es, para ellas, como un envés histórico, un volumen interior y necesario cuyos valores representativos no son sino la cara externa, centelleante y visible. Para ligar, en un carácter definido, una estructura parcial y la visibilidad de conjunto de un ser vivo, es necesario referirse ahora a las leyes puramente biológicas que, más allá de cualquier marca de filiación y como en retroceso con relación a ellas, organiza las relaciones entre filiaciones y órganos; los seres vivos no definen ya sus semejanzas, sus afinidades y sus familias a partir de su desplegada descriptibilidad; tienen caracteres que el lenguaje puede recorrer y definir, porque son una estructura que es como el envés sombrío, voluminoso e interior de su visibilidad: en la superficie clara y discursiva de esta masa secreta pero soberana emergen los caracteres, especie de depósito exterior a la periferia de organismos que ahora están anudados en sí mismos. Por último, cuando se trata de ligar la representación de un objeto de necesidad con todos aquellos que pueden figurar frente a él en el acto de cambio, es necesario recurrir a la forma ya la cantidad de un trabajo que determina su valor; lo que jerarquiza las cosas en los movimientos continuos del mercado no son los otros objetos ni las otras necesidades, sino la actividad que los ha producido y que, silenciosamente, se ha depositado en ellos; son las jornadas y las horas necesarias para fabricarlos, para extraerlos o para transportarlos las que constituyen su pesantez propia, su solidez mercantil, su ley interior y, por ello, lo que puede llamarse su precio real, a partir de este núcleo esencial pueden realizarse los cambios y los precios del mercado, después de haber oscilado, encuentran su punto fijo.

Este acontecimiento un tanto enigmático, este acontecimiento subterráneo que, hacia fines del siglo XVIII, se produjo en estos tres dominios al someterlos de un solo golpe a una misma ruptura, se puede pues ahora asignar a la unidad que fundamenta sus formas diversas. Se ve cuán superficial sería buscar esta unidad por el lado de un progreso de la racionalidad o del descubrimiento de un tema cultural nuevo. En los últimos años del siglo XVIII, no se ha hecho entrar los fenómenos complejos de la biología, de la historia de las lenguas o de la producción industrial en las formas de análisis racional a las que basta entonces habían sido extraños; tampoco se inició un interés repentino bajo la “influencia” de cierto “romanticismo” naciente por las figuras complejas de la vida, de la historia y la sociedad; no se produjo una separación, bajo la instancia de sus problemas, de un racionalismo sometido al modelo de la mecánica, a las reglas del análisis ya las leyes del entendimiento. O, por mejor decir, todo esto se produjo en realidad, pero como un movimiento de la superficie: alteración y deslizamiento de los intereses culturales, redistribución de las opiniones y de los juicios, aparición de nuevas formas en el discurso científico, olas trazadas por primera vez sobre la superficie ilustrada del saber. De un modo más fundamental, y en el nivel en el que los conocimientos se enraízan en su positividad, el acontecimiento no concierne a los objetos propuestos, analizados y explicados por el

conocimiento, ni tampoco a la manera de conocerlos o racionalizarlos, sino a la relación de la representación con lo que se da en ella. Lo que se produjo con Adam Smith, con los primeros filólogos, con Jussieu, Vicq d'Azyr o Lamarck, es un desplazamiento ínfimo, pero absolutamente esencial y que hizo oscilar todo el pensamiento occidental: la representación perdió el poder de fundar, a partir de sí misma, en su despliegue propio y por el juego que la duplica en sí, los lazos que pueden unir sus diversos elementos. Ninguna composición, ninguna descomposición, ningún análisis de identidades; y de diferencias puede justificar ya el lazo de las representaciones entre sí; el orden, el cuadro en el cual se espacializa, las vecindades que define, las sucesiones que autoriza como otros tantos recorridos posibles entre los puntos de su superficie, no tiene ya el poder de ligar las representaciones entre sí o los elementos de cada una de ellas entre sí. La condición de estos lazos reside a partir (le ahora en el exterior de la representación, más allá de su visibilidad inmediata, en una especie de trasmundo más profundo que ella y más espeso. Para volver al punto en que se anudan las formas visibles de los seres la estructura de los vivientes, el valor de las riquezas, la sintaxis de las palabras es necesario dirigirse hacia esta cima, hacia que punto necesario pero siempre inaccesible que se hunde, fuera de nuestra mirada, hacia el corazón mismo de las cosas. Retirarse hacia su esencia propia, asentadas al fin en la fuerza que las anima en la organización que las mantiene, en la génesis que no cesa de producirlas, las cosas escapan, en su verdad fundamental, al espacio del cuadro; en vez de no ser más que la constancia que distribuye sus representaciones de acuerdo con las mismas formas, se enrollan sobre sí mismas, se dan un volumen propio, se definen un espacio *interno* que, para nuestra representación, está en el *exterior*. A partir de la arquitectura que ocultan, de la cohesión que mantiene su régimen soberano y secreto sobre cada una de sus partes, desde el fondo de esta fuerza que las hace nacer y permanece en ellas como algo inmóvil pero aún vibrante, las cosas se dan por fragmentos, perfiles, trozos, escamas, muy parcialmente, a la representación hasta no separa, de su inaccesible reserva, sino trozo a trozo de pequeños elementos cuya unidad sigue estando anudada allá abajo. El espacio del orden que servía de lugar común a la representación ya las cosas, a la visibilidad empírica ya las reglas esenciales, que unía las regularidades de la naturaleza y las semejanzas de la imaginación en el cuadriculado de las identidades y de las diferencias, que exponía la sucesión empírica de las representaciones en un cuadro simultáneo y permitía recorrer, paso a paso, de acuerdo con una sucesión lógica, el conjunto de los elementos de la naturaleza hechos contemporáneos de sí mismos... este espacio del orden va a quedar roto desde ahora: habrá cosas, con su organización propia, sus nervaduras secretas, el espacio que las articula, el tiempo que las produce; y después la representación, pura sucesión temporal, en la que ellas se anuncian siempre parcialmente a una subjetividad, a una conciencia, al esfuerzo singular de un conocimiento, al individuo “psicológico” que, desde el fondo de su propia historia, a partir de la tradición que se le ha transmitido, trata de saber. La representación está en las de no poder definir ya el modo de ser común a las cosas y al conocimiento. El ser mismo de lo que va a ser representado va a caer ahora fuera de la representación misma.

Sin embargo, esta proposición es imprudente. Anticipa, en todo caso, una disposición del saber que no se establece definitivamente hasta fines del siglo XVIII. No debe olvidarse que si Smith, Jussieu y W. Jones han utilizado las nociones de trabajo, de organización y de sistema gramatical, no lo hicieron para salir del espacio tabular definido por el pensamiento clásico, ni para rodear la visibilidad de las cosas y escapar al juego de la representación que se representa a sí misma; lo hicieron sólo por instaurar una forma de enlace que fuera, a la

vez, analizable, constante y fundada. Se trató siempre de encontrar el orden general de las identidades y de las diferencias. El gran rodeo que buscará, del otro lado de la representación, el ser mismo de lo representado, no se ha realizado aún, sólo ha quedado más instaurado el lugar a partir del cual será posible. Pero este lugar figura siempre en las disposiciones en interiores de la representación. Sin duda alguna, a esta configuración epistemológica ambigua corresponde una dualidad filosófica que indica su próximo desenlace.

La coexistencia, a fines del siglo XVIII, de la Ideología y de la filosofía clásica -de Destutt de Tracy y de Kant- reparte en la forma de dos pensamientos, externos uno a otro, pero simultáneos, lo que las reflexiones científicas por su parte mantienen en una unidad que promete disociarse muy pronto. En Destutt de Tracy o en Gerando, la Ideología se da a la vez como la única forma racional y científica que puede revestir la filosofía y como único fundamento filosófico que puede proponerse a las ciencias en general y a cada dominio singular del conocimiento. La Ideología, ciencia de las ideas, debe ser un conocimiento del mismo tipo que los que tienen por objeto los seres de la naturaleza, las palabras del lenguaje o las leyes de la sociedad. Pero, en la medida misma en que tiene por objeto las Ideas, la manera de expresarlas en las palabras y de ligarlas en los razonamientos sirve como Gramática y Lógica de toda ciencia posible. La Ideología no pregunta por el funcionamiento, los límites o la raíz de la representación; recorre el dominio de las representaciones en general; fija las sucesiones necesarias que aparecen allí; define los lazos que allí se anudan; manifiesta las leyes de composición y de descomposición que pueden reinar allí. Aloja todo saber en el espacio de las representaciones y, al recorrer este espacio, formula el saber de las leyes que organiza. Es, en cierto sentido, el saber de todos los saberes. Pero esta duplicación fundamentadora no la hace salir del campo de la representación; su fin es plegar todo conocimiento a una representación a cuya inmediatez uno no escapa jamás: “¿Os habéis dado cuenta alguna vez, con un poco de precisión, de lo que es pensar, de lo que se experimenta al pensar, sea lo que fuere? ... Os decís: pienso esto, cuando tenéis una opinión, cuando formáis un juicio. En efecto, hacer un juicio, verdadero o falso, es un acto del pensamiento; este acto consiste en sentir que hay un lazo, una relación ... Pensar, como veis, es siempre sentir y nada más que sentir”.<sup>28</sup> Sin embargo, hay que advertir que, al definir el pensamiento de una relación por la sensación de esta relación o, más brevemente, el pensamiento en general por la sensación, Destutt cubre muy bien, sin salir de él, todo el dominio de la representación; pero llega a la frontera en la que la sensación, como forma primera, absolutamente simple de la representación, como contenido mínimo de lo que puede darse al pensamiento, oscila entre el orden de las condiciones fisiológicas que pueden dar cuenta de él. Aquello que, leído en un sentido, aparece como la generalidad más pequeña del pensamiento, aparece, descifrado en otra dirección, como el resultado complejo de una singularidad zoológica: “Se tiene tan sólo un conocimiento incompleto de un animal, cuando no se conocen sus facultades intelectuales. La ideología es una parte de la zoología y, sobre todo, en el hombre, esta parte es importante y merece ser profundizada”.<sup>29</sup> El análisis de la representación, en el momento en que alcanza su mayor extensión, toca con su borde más externo un dominio que sería poco

---

<sup>28</sup> Destutt de Tracy, *Eléments d'Idéologie*, I, pp. 33.5.

<sup>29</sup> Id., *Ibid*, prefacio, p. 1

más o menos -o mejor dicho, que será, pues no existe aún- el de la ciencia natural del hombre.

Por diferentes que sean por su forma, su estilo y su intención, la pregunta kantiana y la de los ideólogos tiene un mismo punto de aplicación: la relación de las representaciones entre sí. Pero tal relación -lo que la fundamenta y la justifica- no es planteada por Kant en el nivel de la representación, ni siquiera atenuada en su con, tenido hasta no ser ya más, en los confines de la pasividad y de la conciencia, que pura y simple sensación; Kant plantea su pregunta en la dirección de lo que la hace posible en su generalidad. En vez de fundamentar el lazo entre las representaciones por una especie de excavación interna que lo vacía poco a poco hasta llegar a la pura impresión, lo establece sobre las condiciones que definen su forma universalmente válida. Al dar esta dirección a su pregunta, Kant esquiva la representación y lo que se da en ella, para dirigirse a aquello mismo a partir de lo cual puede darse toda representación, sea la que fuere. No son pues las representaciones mismas, según las leyes de un juego que les es propio, las que podrían desplegarse a partir de sí y por un solo movimiento descomponerse (por el análisis) y recomponerse (por la síntesis): sólo los juicios de la experiencia o las verificaciones empíricas pueden fundarse sobre los contenidos de la representación. Cualquier otro enlace debe fundarse, si ha de ser universal, más allá de toda experiencia, en el a priori que la hace posible. No se trata de otro mundo, sino de las condiciones que permiten la existencia de toda representación del mundo en general.

Así, pues, hay una correspondencia cierta entre la crítica kantiana y lo que por la misma época se ofrecía como primera forma, más o menos completa, de análisis ideológico. Pero la Ideología, al extender su reflexión sobre todo el campo del conocimiento desde las impresiones originales hasta la economía política, pasando por la lógica, la aritmética, las ciencias de la naturaleza y la gramática, intenta recoger en la forma de la representación aquello mismo que estaba en vías de constituirse y de reconstituirse fuera de ella. Esta nueva toma no podía hacerse sino bajo la forma casi mítica de una génesis singular y universal a la vez: una conciencia, aislada, vacía y abstracta, debía desarrollar poco a poco, a partir de la representación más pequeña, el gran cuadro de todo lo representable. En este sentido, la Ideología es la última de las filosofías clásicas -un poco a la manera en que *Juliette* es el último de los relatos clásicos. Las escenas y los razonamientos de Sade recogen toda la nueva violencia del deseo en el despliegue de una representación transparente y sin defecto; los análisis de la Ideología recogen en el relato de un nacimiento todas las formas, hasta las más complejas, de la representación. Frente a la Ideología, la crítica kantiana marca, en cambio, el umbral de nuestra época moderna; interroga a la representación no sólo de acuerdo con el movimiento indefinido que va del elemento simple a todas sus posibles combinaciones, sino a partir de sus límites de derecho. Sanciona así, por vez primera, este acontecimiento de la cultura europea que es contemporáneo del fin del siglo XVIII: la retracción del saber y del pensamiento fuera del espacio de la representación. Esta última es puesta en cuestión por lo que respecta a su fundamento, su origen y sus límites: por este hecho mismo, el campo ilimitado de la representación, que el pensamiento clásico había instaurado, y que la Ideología había querido recorrer paso a paso discursiva y científicamente, aparece como una metafísica. Pero como una metafísica. que jamás será evadida ella misma, que sería planteada en un dogmatismo inadvertido y que jamás haría salir a plena luz la cuestión de su derecho. En

este sentido, la Crítica hace resurgir la dimensión metafísica que la filosofía del siglo XVIII había querido reducir por el solo análisis de la representación. Pero, a la vez, abre la posibilidad de otra metafísica cierto propósito sería interrogar, más allá de la representación, todo lo que es la fuente y el origen de ésta; permite así estas filosofías de la Vida, de la Voluntad, de la Palabra, que el siglo XIX va a desplegar en el surco de la crítica.

## 6. LAS SÍNTESIS OBJETIVAS

De allí, una serie casi infinita de consecuencias.. En todo caso, de consecuencias ilimitadas, ya que nuestro pensamiento de hoy pertenece todavía a su dinastía. En primera fija debe colocarse sin duda alguna el surgimiento simultáneo de un tema trascendental y de campos empíricos nuevos o cuando menos, distinguidos y fundados de manera nueva. Ya hemos visto cómo, en el siglo XVII, la aparición de la *mathesis*; en cuanto ciencia general del orden no había desempeñado solamente un papel fundador en las disciplinas matemáticas, sino que había sido correlativa de la formación de dominios diversos y puramente empíricos, como la gramática general, a historia natural y el análisis de las riquezas; éstos no se construyeron de acuerdo con un “modelo” que les hubiera prescrito la matematización o la mecanización de la naturaleza; se constituyeron y dispusieron sobre el fondo de una posibilidad general: la que permitía establecer un cuadro ordenado de identidades y de diferencias entre las representaciones. En los últimos años del siglo XVIII, lo que hace aparecer, correlativamente, dos formas nuevas de pensamiento es la disolución de este campo homogéneo de las representaciones ordenables. Una de estas nuevas formas interroga las condiciones de una relación entre las representaciones por el lado de lo que las hace posibles en general : pone así al descubierto un campo trascendental en el que el sujeto, que nunca se da a la experiencia (por no ser empírico), sino que es finito (ya que no tiene intuición intelectual), determina en su relación con un objeto = x todas las condiciones formales de la experiencia en general; el análisis del sujeto trascendental es lo que libera el fundamento de una posible síntesis entre las representaciones. Frente a esta abertura sobre lo trascendental y simétricamente a ella, otra forma de pensamiento se plantea la pregunta por las condiciones de una relación entre las representaciones por el lado del ser mismo que se encuentra representado en ellas: lo que, en el horizonte de todas las representaciones reales, se indica de suyo. Como fundamento de su unidad son estos objetos nunca objetivables, estas representaciones jamás representables del todo, estas visibilidades manifiestas e invisibles a la vez, estas realidades que se retiran en la medida misma en que son fundamentadoras de lo que se da y se adelanta hasta nosotros: el poder del trabajo, la fuerza de la vida, el poder de hablar. A partir de estas formas que rondan en los límites exteriores de nuestra experiencia, el valor de las cosas, la organización de los vivientes, la estructura gramatical y la afinidad histórica de las lenguas llegan hasta nuestra representación y nos solicitan la tarea, quizá infinita, del conocimiento. Se buscan así las condiciones de posibilidad de la experiencia en las condiciones de posibilidad del objeto y de su existencia, en tanto que, en la reflexión trascendental, se identifican las condiciones de posibilidad de los objetos de la experiencia con las condiciones de posibilidad de la experiencia misma. La nueva positividad de las ciencias de la vida, del lenguaje y de la economía está en correspondencia con la instauración de una filosofía trascendental. El trabajo, la vida y el lenguaje aparecen como otros tantos “trascendentales” que hacen posible el conocimiento objetivo de los seres vivos, de las leyes de la producción, de las

formas del lenguaje. En su ser, están más allá del conocimiento, pero son, por ello mismo, condiciones de los conocimientos; corresponden al descubrimiento de Kant de un campo trascendental y, sin embargo, difieren en dos puntos esenciales: se alojan del lado del objeto y en cierta forma más allá; como la Idea en la dialéctica trascendental, totalizan los fenómenos y hablan de la coherencia a priori de las multiplicidades empíricas; pero las fundamentan en un ser cuya realidad enigmática constituye, antes de todo conocimiento, el orden y el lazo de lo que ha de conocerse; además, conciernen al dominio de las verdades a posteriori y los principios de su síntesis y no la síntesis a priori de toda experiencia posible. La primera diferencia (el hecho de que los trascendentales estén alojados del lado del objeto) explica el nacimiento de esas metafísicas que, a pesar de su cronología poskantiana aparecen como “precriticas”: en efecto, se apartan del análisis de las condiciones del conocimiento tal como pueden develarse al nivel de la su objetividad trascendental; pero estas metafísicas se desarrollan a partir de los trascendentales objetivos (la Palabra de Dios, la Voluntad, la Vida) que sólo son posibles en la medida en que el dominio de la representación está limitado de antemano; tienen, pues, el mismo suelo arqueológico que la Crítica misma. La segunda diferencia (el hecho de que estos trascendentales conciernan a las síntesis a posteriori) explica la aparición de un “positivismo”: se ofrece a la experiencia toda una capa de fenómenos cuya racionalidad y encadenamiento reposan sobre un fundamento objetivo que no es posible sacar a luz; no es posible conocer las sustancias, sólo los fenómenos; no las esencias, sino las leyes; no los seres, sino sus regularidades. Así, se instaura, a partir de la crítica o más bien, a partir de este desplazamiento del ser en relación con la representación cuyo primer testimonio filosófico es el kantismo, una correlación fundamental: por un lado, las metafísicas del objeto, más exactamente, las metafísicas de ese fondo, nunca objetivable, de donde llegan los objetos a nuestro conocimiento superficial; y por el otro, las filosofías que se proponen como tarea la sola observación de aquello mismo que se ofrece a un conocimiento positivo. Vemos cómo los dos términos de esta oposición se prestan apoyo y se refuerzan uno a otro; en el tesoro de los conocimientos positivos (y sobre todo de los que pueden entregar la biología, la economía y la filología) encontrarán su punto de ataque las metafísicas de los “fondos” o los “trascendentales” objetivos; y a la inversa, en la partición entre el fondo incognoscible y la racionalidad de lo cognoscible encontrarán su justificación los positivismos. El triángulo crítica-positivismo-metafísica del objeto es constitutivo del pensamiento europeo desde principios del siglo XIX hasta Bergson. Una organización de tal tipo está ligada, en su posibilidad arqueológica, con el surgimiento de esos campos empíricos de los que el análisis interno puro y simple de la representación no puede ya dar cuenta a partir de ahora. Es pues correlativa de un cierto número de disposiciones propias de la *episteme* moderna.

Primero, sale a luz un tema que hasta entonces no se había formulado y era, a decir verdad, inexistente. Puede parecer extraño que, en la época clásica, no se haya intentado matematizar las ciencias de observación, los conocimientos gramaticales o la experiencia económica. Como si la matematización galileana de la naturaleza y el fundamento de la mecánica hubieran sido suficientes para realizar el proyecto de una *mathesis*. No hay en ello ninguna paradoja: el análisis de las representaciones según sus identidades y sus diferencias, su ordenación en cuadros permanentes, ponían, con todo derecho, a las ciencias de lo cualitativo en el campo de una *mathesis* universal. A fines del siglo XVIII, se produjo una separación fundamental y nueva; ahora que el lazo de las representaciones no se establece ya en el movimiento mismo que las descompone, las disciplinas analíticas

resultan epistemológicamente distintas de las que deben recurrir a la síntesis. Se tendría pues, un campo de ciencias *a priori*, de ciencias formales y puras, de ciencias deductivas que dependen de la lógica y las matemáticas; por otra parte, se ve desprenderse un dominio de ciencias *a posteriori*, de ciencias empíricas que sólo utilizan las formas deductivas fragmentariamente y en regiones estrechamente localizadas. Ahora bien, esta separación tiene como consecuencia la preocupación epistemológica de reencontrar, en otro nivel, la unidad que se había perdido con la disociación de la *mathesis* y de la ciencia universal del orden. De allí, un cierto número de esfuerzos que caracterizan la reflexión moderna sobre las ciencias: la clasificación de los dominios del saber a partir de las matemáticas y la jerarquización que se instaura para ir progresivamente hacia lo más complejo y menos exacto; la reflexión sobre los métodos empíricos de la inducción y, a la vez, el esfuerzo por fundamentarlos filosóficamente y justificarlos desde un punto de vista formal; la tentativa de purificar, formalizar y, quizá, matematizar, los dominios de la economía, de la biología y, por último, de la lingüística misma. Como contrapunto de estas tentativas de reconstruir un campo epistemológico unitario, se encuentra, a intervalos regulares, la afirmación de una imposibilidad: ésta se debería o bien a una especificidad irreductible de la vida (que se intenta cercar, sobre todo a principios del siglo XIX), o bien al carácter singular de las ciencias humanas que se resistirán a toda reducción metodológica (se intenta definir y medir esta resistencia, sobre todo en la segunda mitad del siglo XIX). Sin duda alguna, en esta doble afirmación, alternada o simultánea, de poder y de no poder formalizar lo empírico, hay que reconocer la huella de ese profundo acontecimiento que, hacia fines del siglo XVIII, separó la posibilidad de la síntesis del espacio de las representaciones. Es este acontecimiento el que coloca la formalización, o la matematización, en el corazón mismo de todo proyecto científico moderno es también lo que explica por qué toda matematización prematura y toda formalización ingenua de lo empírico toma el aire de un dogmatismo “precítico” y resuena en el pensamiento como un retorno a las trivialidades de la Ideología. Sería necesario evocar aún un segundo carácter de la *episteme* moderna” Durante la época clásica, la relación constante y fundamental del saber, aun del empírico, con una *mathesis* universal, justifica el proyecto, retomado sin cesar bajo formas diversas, de un *corpus* de los conocimientos unificado al fin; este proyecto fue tomando, paso a paso, pero sin que su fundamento se hubiera modificado, el aire de una ciencia general del movimiento, de una característica universal, de una lengua reflexionada y reconstituida con todos sus valores de análisis y con todas sus posibilidades de sintaxis, o de una Enciclopedia alfabética o analítica del saber; importa poco que estas tentativas no hayan alcanzado la perfección o que no hayan cumplido del todo el designio que las hizo nacer: todas ellas manifiestan, en la superficie visible de los acontecimientos o de los textos, la profunda unidad que la época clásica había instaurado al dar al saber, como pedestal arqueológico, el análisis de las identidades y de las diferencias y la posibilidad universal de una ordenación. De suerte que Descartes, Leibniz, Diderot y D'Alambert, en lo que podemos llamar su fracaso, en su obra detenida o desviada, permanecieron muy cerca de lo que era constitutivo del pensamiento clásico. A partir del siglo XIX, se rompió la unidad de la *mathesis*. Se rompió dos veces: primero, según la línea que separa las formas puras del análisis y las leyes de la síntesis, y por otra parte según la línea que separa, cuando se trata de fundamentar las síntesis, la subjetividad trascendental y el modo de ser de los objetos. Estas dos formas de ruptura dan nacimiento a dos series de intentos que una cierta pretensión de universalidad parece convertir en eco de las empresas cartesianas o leibnizianas. Pero visto un poco más de cerca, la unificación del campo del conocimiento no tuvo ni pudo tener, en el siglo XIX, ni

las mismas formas, ni las mismas pretensiones, ni los mismos fundamentos que en la época clásica. En la época de Descartes o de Leibniz, la transparencia recíproca del saber y de la filosofía era total, a tal grado que la universalización del saber en un pensamiento filosófico no exigía un modo de reflexión específico. A partir de Kant, el problema es enteramente diferente; el saber no puede ya desplegarse sobre el fondo unificado y unificador de una *mathesis*. Por una parte se plantea el problema de las relaciones entre el campo formal y el campo trascendental (y en este nivel, todos los contenidos empíricos del saber son puestos entre paréntesis y permanecen en suspenso por lo que se refiere a toda validez) ; y por la otra, se plantea el problema de las relaciones entre el dominio de la empiricidad y el fundamento trascendental del conocimiento (así, pues, el orden puro de lo formal es hecho a un lado como no pertinente para dar cuenta de esta región en la que se fundamenta toda experiencia, aun la de las formas puras del pensamiento) . Pero tanto en un caso como en el otro, el pensamiento filosófico de la universalidad no tiene el mismo nivel que el campo del saber real; se constituye como una reflexión pura susceptible de *fundamentar* o como una nueva toma capaz de *develar*. La primera forma de filosofía se manifestó primero en la empresa fichteana, en la que la totalidad del dominio trascendental se deduce genéticamente de las leyes puras, universales y vacías del pensamiento: con ello se abre un campo de investigaciones en el que se intenta volver toda reflexión trascendental al análisis de los formalismos o descubrir en la subjetividad trascendental el suelo de posibilidad de todo formalismo. Por lo que respecta a la otra abertura filosófica, apareció primero con la fenomenología hegeliana, al devolverse la totalidad del dominio empírico al interior de una conciencia que se revela a sí misma como espíritu, es decir, como campo empírico y trascendental a la vez.

Vemos cómo la tarea fenomenológica que Husserl se fijará más adelante está ligada, en lo más profundo de sus posibilidades y de sus imposibilidades, al destino de la filosofía occidental, tal como se estableció desde el siglo XIX. En efecto, intenta anclar los derechos y los límites de una lógica formal en una reflexión de tipo trascendental y, por otra parte, ligar la subjetividad trascendental con el horizonte implícito de los contenidos empíricos, que sólo ella tiene la posibilidad de constituir, de mantener y de abrir por medio de explicaciones infinitas. Pero quizá no escapa al peligro que amenaza, antes aun de la fenomenología, a toda empresa dialéctica y la hace oscilar siempre de grado o por fuerza en una antropología. Sin duda, no es posible dar un valor trascendental a los contenidos empíricos ni desplazarlos del lado de una subjetividad constituyente sin dar lugar, cuando menos silenciosamente, a una antropología, es decir, a un modo de pensamiento en el que los límites de derecho del conocimiento (y, en consecuencia, de todo saber empírico) son, a la vez, las formas concretas de la existencia, tal como se dan precisamente en este mismo saber empírico.

Las consecuencias más lejanas, y para nosotros más difíciles de rodear, del acontecimiento fundamental que sobrevino a la *episteme* occidental hacia fines del siglo XVIII, pueden resumirse así: negativamente, el dominio de las formas puras del conocimiento se aísla, tomando a la vez autonomía y soberanía con respecto a todo saber empírico, haciéndolo nacer y renacer indefinidamente el proyecto de formalizar lo concreto y de constituir, a despecho de todo, ciencias puras; positivamente, los dominios empíricos se ligan a reflexiones sobre la subjetividad, el ser humano y la finitud, tomando el valor y la función de la filosofía, lo mismo que de reducción de la filosofía o de antifilosofía.